



# STAR WARS

AVENTURAS EN EL  
**ESPACIO SALVAJE**

E L N I D O

Planeta Junior

© & TM 2017 LUCASFILM LTD.

Todos los derechos reservados. Usado bajo autorización.

Derechos exclusivos para la edición en castellano reservados para España: Editorial Planeta, S. A., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com](http://www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: abril de 2017

ISBN: 978-84-08-16998-7

Depósito legal: B. 2.770-2017

Impreso en España

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

# STAR WARS™

AVENTURAS EN EL  
ESPACIO SALVAJE

EL NIDO

Escrito por Tom Huddleston

Planeta Junior

# CAPÍTULO 1

---

## LA LLAMADA DE SOCORRO

—**V**amos, pequeña —murmuró Lina mientras el *Ave Susurro* crujía y se estremecía—. Puedes hacerlo.

No pudo evitar preguntarse qué pasaría si la nave se partía en el hiperespacio. ¿Quedarían atrapados para siempre en aquel turbulento túnel de luz o explotarían, de vuelta en el espacio real, como un súbito destello en la oscuridad?

Lina se enderezó en el asiento del copiloto, alerta a todos los ruidos y crujidos. Si algo salía mal sería por su culpa: desactivar los dispositivos de seguridad del hiperpropulsor había sido idea suya. Podía oír a Morq chillando con nerviosismo en el rega-

zo de su hermano, y a Milo susurrando en voz baja para tranquilizar al mono-lagarto kowakiano.

Lina no se había tomado un respiro desde que salieron de Thune. Había sido un error ir allí, ahora lo sabía. El Imperio les había preparado una trampa y los estaba esperando.

Pero ¿por qué? ¿Qué llevaban que fuese tan valioso? CR-8R flotaba silenciosamente junto a ella; sus extremidades tejían complejos patrones mientras trabajaba en el ordenador de navegación. Lina deseaba averiguar qué clase de información habían enviado sus padres a los circuitos del viejo droide antes de que los soldados de asalto los secuestraran. Deseaba saber por qué el Imperio se empeñaba tanto en conseguirla. Pero, sobre todo, quería saber dónde estaban sus padres y qué podía hacer para lograr que regresaran.

Se oyó un repentino sonido metálico procedente de algún lugar bajo sus pies y Lina vio que su hermano contenía el aliento.

—No ha sido nada —dijo CR-8R—: un soporte de aterrizaje se ha soltado. No ha afectado a la integridad del casco.

Se oyó otro golpe.

—Lo mismo —añadió CR-8R.

—¿Cuánto queda? —le preguntó Lina.

—¿Cuánto queda para llegar al origen de la transmisión? —respondió CR-8R—. ¿O cuánto queda para que el *Ave Susurro* se haga añicos?

—Ambas cosas —dijeron Lina y Milo al mismo tiempo.

—No mucho —dijo CR-8R—. En ambos casos. Pero no creo que haya necesidad de... esperar.

Lina estiró el cuello para mirar las lecturas. Milo se inclinó tras ella, con la mano apretando el hombro de su hermana.

Sin previo aviso, el panel que estaba frente a CR-8R estalló en una lluvia de chispas. Lina se protegió los ojos mientras el olor a metal quemado se extendía por la cabina. Morq soltó un chillido.

La nave se sacudió violentamente, hasta que empezó a caer.

A Lina le dio un vuelco el estómago cuando el *Ave Susurro* se precipitó, y se alegró de llevar el cinturón de seguridad bien sujeto a la cintura.

A través de los cristales pudo ver las estrellas y el radiante resplandor de un mundo verde. Habían salido del hiperespacio.

—Hemos llegado —les dijo CR-8R, cogiendo con sus manos metálicas los controles de dirección. El panel todavía soltaba chispas, iluminando sus ojos negros—. Siento no haberles advertido. Al desactivar los sistemas de seguridad el ordenador debe de haberse confundido.



—¿Confundido? —preguntó Milo—. ¡El ordenador de navegación ha estallado!

CR-8R tecleó en el panel.

—Sólo ha sido un cortocircuito —dijo—. Nada que yo no pueda arreglar. Y nos ha traído hasta aquí de una pieza. Casi.

—¿Cuál es el informe de daños? —preguntó Lina mientras la nave volvía a estabilizarse.



—Mínimo, sorprendentemente —le dijo CR-8R—. Soporte de suspensión en estado inestable y dos de los acoplamientos de alimentación del hiperpropulsor desporalizados. Tendremos que sustituirlos antes de volver a hacer otro salto.

—Lo has conseguido, hermanita —dijo Milo, rodeando a Lina con sus brazos—. Nos has salvado.

Lina enrojeció.

—Casi hago que nos maten —dijo ella con un estremecimiento—. Asumimos un riesgo y nos ha salido bien, pero no podemos depender de la suerte.

—Y no creo que el capitán Korda vaya a interrumpir nuestra búsqueda por mucho tiempo —añadió CR-8R—. Lo que sea que sus padres transmitieron a mi banco de memoria, parece ser altamente valioso.

—Bueno, aun así, tú nos has sacado de allí —dijo Milo agradecido—. Y te las has arre-

glado para traernos aquí. Dondequiera que esté esto.

Entonces miraron, a través del cristal, la esfera esmeralda que se extendía ante ellos. La superficie se hallaba envuelta en nubes, pero a través de ellas se apreciaba un verde brillante.

—¿Todavía captas la transmisión? —preguntó Lina—. ¿Puedes captar la fuente?

Milo dio un golpecito en la pantalla colocada en la pared junto a él, y una mirada de confusión afloró a su rostro.

—Qué raro —dijo—. La señal ha desaparecido.

Lina sintió que se le caía el alma a los pies.

—Pero no puede ser —dijo ella—. Crater, ¿es posible que el navegador nos haya traído al planeta equivocado?

El droide sacudió su reluciente cabeza.

—Las probabilidades de que una disfunción del equipo nos traiga tan cerca de un pla-

neta habitado son aproximadamente de 3,76 millones contra una —afirmó.

—¡Espera! —dijo Milo, presionándose con fuerza el auricular—. Estoy captando algo. Déjame subir el volumen.

Volvió a tocar la pantalla y una voz resonó por toda la cabina, calmada pero insistente.

—... continuos informes procedentes de campos de internamiento en múltiples planetas —decía la mujer, casi inaudible a causa del ruido de retroalimentación—. En Kashyyyk, los wookiees que lucharon con valentía contra el ejército separatista son tratados casi como esclavos por el Imperio.

—Hasta aquí la transmisión de Dinwa Prime —interrumpió un hombre—. Terribles atrocidades han sido cometidas en nombre del Emperador. Instamos a todas las personas de estos mundos ocupados a... —La señal se desvaneció de nuevo.

—Entonces hay alguien ahí abajo —dijo Lina aliviada. Todas sus esperanzas estaban puestas en aquella misteriosa señal. Alguien ahí fuera estaba decidido a enfrentarse al Imperio. Si alguien estaba dispuesto a encontrar a sus padres, seguramente serían ellos.

—Estoy captando lecturas de formas de vida —dijo CR-8R—. Pero el escáner no detecta evidencias de grandes asentamientos, ni otras naves en tierra o en ninguna otra parte del sistema.

—Pero una nave en tierra puede estar camuflada, ¿no? —preguntó Lina—. Quien sea que está enviando la señal puede estar ahí abajo ahora mismo.

—O el Imperio podría haber llegado ya —apuntó entonces CR-8R—, para tendernos otra trampa.

Lina lo miró fijamente. El droide tenía toda la razón, como de costumbre. Pero a ve-

ces deseaba que mantuviera su metálica boca cerrada.

—No creo que tengamos elección —dijo Milo—: no llegaremos muy lejos sin un hiperpropulsor operativo.

Las propias palabras de Lina resonaron en su cabeza. ¿Podrían seguir confiando en la suerte? Pero Milo estaba en lo cierto: se habían quedado sin opciones.

Lina tensó el cinturón de su asiento.

—Bájanos despacio, Crater. Y preparaos para correr al primer signo de problemas.

El droide dudó, antes de agarrar la palanca de dirección.

—Esto me da mala espina.

Fue Milo el primero en ver el asentamiento. Estaba posado en lo alto de una cumbre elevada y rocosa, con vistas al valle boscoso. Era un edificio amplio, con el techo bajo y los laterales de un metal transparente que reflejaba la luz pálida del sol. Estaba cubierto de



niebla y rodeado de un muro defensivo que se alzaba sobre la misma estructura.

—Parece nuevo —observó Lina—. Y bastante lujoso.

Tenía razón. El asentamiento principal estaba construido de duracero oscuro y, en el techo plano, aparecía pintado el símbolo dorado de un ave de rapiña con las alas extendidas.

Una plataforma de cristal sobresalía por encima de la cumbre, por lo que ofrecía unas vistas espectaculares del valle. Un flujo de agua rápido había sido desviado a ambos lados del edificio central, para crear un par de grandes cascadas que brotaban por el acantilado hacia la selva.

—La señal se está intensificando —informó Milo—. Aquí debe de estar su origen.

—Pero no lo entiendo —dijo Lina—. ¿Por qué la persona que envía esas transmisiones vive en un lugar como éste? Quien haya construido esto no intenta ocultarse de nadie.

—Es horrendo —añadió Crater—. Precisamente la típica ostentación llamativa y de mal gusto que se podría esperar de un comerciante del Borde Exterior o del propietario de una mina, no de un revolucionario.

—Estamos en las profundidades del Espacio Salvaje —comentó Milo—. Quizá piensen que nadie vendrá en busca de ellos. Vamos a

volar un poco más bajo, puede que así consigamos algunas respuestas.

Descendieron lentamente, inclinando los propulsores para lograr una mejor visibilidad. Un amplio camino salía de una puerta del muro y descendía por la jungla, hasta un gran claro rectangular: una pista de aterrizaje.

—¿Eso es una nave? —preguntó Milo, señalando.

CR-8R apuntó con el escáner.

—Lo era —dijo—. Menudo desastre.

Lina miró a través de la ventana. En la base del barranco que mediaba entre la pista de aterrizaje y el edificio principal podía apreciarse un bulto negro: la estructura metálica de un transporte que se había estrellado en medio del bosque.

Una de las alas colgaba, inerte, a un lado; de la otra no había rastro.

Los árboles de alrededor habían quedado destrozados, pero no había marcas de quema-



duras. Como si la nave hubiera sido partida en pedazos y abandonada.

—¿Podríamos coger las partes que necesitamos? —preguntó Milo.

—Es posible —admitió Lina—. Pero tendríamos que aterrizar en la pista e ir al lugar del accidente a pie.

—Todavía no sabemos qué ha pasado aquí —advirtió CR-8R—. ¿Y si alguien derribó la nave?

—El escáner no ha encontrado naves cercanas —objetó Lina—. Y podemos programar el *Ave Susurro* para que nos avise si detecta hasta el más mínimo asteroide en la zona.

—Y recordad la señal —comentó Milo—. Por eso estamos aquí, deberíamos al menos buscar su origen.

Lina asintió.

—Estoy de acuerdo. Una vez que estemos en tierra puedo enlazar mi comunicador para rastrearla.

CR-8R se preparó para aterrizar, a regañadientes.

—Como quieran —dijo—. Pero si todo esto acaba mal, no digan que no les advertí.